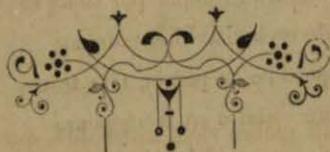


está en el plumaje del *Quetzal*, pájaro sagrado de los aztecas y símbolo de la soberanía entre los antiguos monarcas de esta tierra.

¿Por acaso, ya desde entonces, soñaba Iturbide con la corona del imperio mexicano?



EL CARNAVAL Y LA CUARESMA.



El carnaval! ¡pobre vieja costumbre, que viene agonizando desde hace tiempo! Ya nadie se disfraza; las comparsas que sacaban los gremios en tiempo de la colonia, duermen el sueño del olvido; los bailes del Nacional se convirtieron en orgías con retretas de revolvers, y han acabado por ser un gran fastidio.

Apénas si se disfraza alguno que otro incauto que no conoce nuestra vida social de hoy, porque empieza á entrar en ella ó vive en una esfera humilde, y solo queda la costumbre de llenar de coches propios ó de alquiler el Paseo y las calles de San Francisco.

Casi en todas partes sucede lo mismo. El baile de la Gran Opera en París es, segun la frase de un espiritual escritor, un entierro de primera clase; se ha hecho allí de moda no penetrar al salon, y sola bailan las parejas pagadas. Los extranjeros lo aprovechan pa-

ra admirar á sus anchas la gran obra de Garnier y los frescos de Baudry.

En Roma ya no es la sombra de lo que era. Venecia permanece esos días envuelta en su sudario secular de tristeza histórica, y los que quieren ver un carnaval tienen que contentarse con las grandes ferias de trages y de bellezas de Niza y de San Remo, ó con las monstruosas mogigangas de Nueva Orleans.

No parece sino que miétras más envejecen los pueblos de nuestra raza, que á ellos perteneció siempre el carnaval, más desdennan la alegría inconsciente, y que son las poblaciones nuevas y que datan de ayer, las que todavía osan empuñar el cascabelesco cetro de la locura.

* * *

Viene despues la cuaresma. Pero qué diferencia tambien. La cuaresma de nuestros padres era una señora de *bombé y polendas*.

Aun alcanzamos de niños aquella cuaresma que en sus postrimerias encerraba como un eco, ya muy lejano, de la colonia de los vireyes empolvados, de los odores con golilla y de los predicadores de *pico de oro*.

Despues del Miércoles de Ceniza se cerraba el teatro; los cómicos quedaban en la triste situacion que los pinta el *Curioso Parlante*; los estudiantes eran llevados por manadas á cumplir con los preceptos de nuestra Santa Madre la Iglesia; y la sopa de frijoles y los pescados de la laguna, y las acelgas, lentejas y otros comestibles de expansiva y jovial digestion, aumentaban el consumo del bicarbonato todos los sábados; y las hermosas devotas, allá para sus aden-

tros, meditaban en los trages que estrenarian el Juéves y el Viérnes de la Semana Mayor.

Nunca la cuaresma llegó á extirpar el buen humor. Recuerdo aún cuando varios diablos de cinco á nueve años nos juntábamos para tomar ceniza, nos arrodillábamos con una uncion hipócrita y criminal al llegar el sacerdote á ponernos el signo simbólico de nuestro destino en la tierra, y lanzábamos un soberano estornudo . . . la ceniza volaba, manchaba el sobrepelliz, se le metía en los ojos á alguna vieja, y soliamos pescar alguno que otro merecido coscorron.

¡Y la gente de trueno? ¡Acaso no se divertia en plena cuaresma, en los bailes de Piñata, de Moza, de Vieja y de Sardina!

Todo ha variado.

Hoy solo se conoce la cuaresma por una que otra vieja vergonzante que lleva las huellas de la cruz de molde que le pusieron el miércoles; alguna campana que tambien parece vergonzante llama al sermon, y como bien vale la pena de ir al sermon, se dirige uno á alguna iglesia de moda; pero no para oir al orador sagrado, sino para ver caritas lindas, que como parecen las antesalas del cielo, son más elocuentes, para convertir á un descreido, que toda la *Suma* del Doctor angélico.

Las comidas de la cuaresma han mejorado. Si quiere uno, con pretexto de la abstinencia de carne, darse un banquete hasta pescarse una indigestion, puede uno hacerlo con pescado fresco, con ostras de la Mancha y de Alvarado, con peces de Pátzcuaro, con truchas, con jaivas, etc., y ya no con el fétido habitante del Texcoco, ni con aquella sopa de frijoles, ni con aquellas lentejas, ni con aquellos guisotes, cuyas recetas debia haber empaquetado con sus trastos viejos el último de los vireyes.

Al fin de la cuaresma viene la *Seña*, ceremonia importante cuyo simbolismo recuerda en algo las pompas caldeas y asirias.

A cada toque de campana sale un canónigo con su traje talar y la cabeza cubierta con un tubo de mágico, y se postra delante del altar; la bandera negra con cruz roja flota á los cuatro rumbos del horizonte y cubre á los doce apóstoles postrados al pié del ara. La música de esta ceremonia es grave y arcaica.

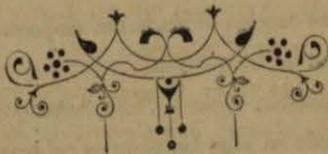
Dicen que ya no se hace sino en las catedrales de la América española. Yo no la he visto mas que en las de la República.

La última vez invité á verla á un alemán recién llegado al país. Estábamos en Guadalajara, y allí los *motetes* con que se acompaña esta ceremonia son especialmente bellos.

Yo habia creído que una pompa semejante, debía agradar á un individuo de esa raza tan formal, que entre sendos vasos de pesada cerveza, idea posesiones históricas ó reconstruye, para divertir al público bonachon de sus tranquilas ciudades, escenas del tiempo de Federico Barbaroja, y cuadros vivos del reinado del emperador Matías; llevé, pues, á mi teuton, lo coloqué en magnífico sitio, y al concluir, le pregunté lo que opinaba.

"Se me olvidó comprar el *Libretto*," me dijo, señalándome una mesa que habia en la puerta, y en la que se vendian explicaciones de la ceremonia.

Tomal me dije para mis adentros, este es de la fuerza de sus compatriotas, que van á oír la *Africana* á la Gran Opera de Paris y que ni la ven ni la oyen, sino que la leen, porque insensibles al aparato escénico, á las bellezas de la sala, á la ejecucion dramática, abren su partitura y van leyendo en ella conforme los artistas cantan y la orquesta ejecuta.



LOS DRAMAS HISTORICOS.



El sentido comun es el ménos comun de los sentidos, solia decir un sabio profesor mexicano, que tuvo la suerte de dejar muchos buenos discípulos, pero tambien muchos pedantes que á cada rato remueven su memoria para decir un estupendo desatino, que lo haria volver al sepulcro si lo oyera.

Solo con semejante apotezina se explica uno el afan de muchos escritorzuelos que se han entregado con positiva fé á escribir dramas sobre Maximiliano, sobre un personaje de ayer, y juzgado aún bajo el prisma de tan variadas y exaltadas pasiones.

Abrió el camino Zorrilla, pero no le dió á su drama del alma, que en el fondo no era más que un drama de estómago, la forma dramática sino la de la leyenda.

Luego ha venido un Sr. Gassier, que tuvo el raro tinó en su *cu-lebron* llamado "*Juarez, ó la Guerra de México*," de estampar en

cada frase un desatino, y en cada escena por lo ménos una falsedad histórica.

En Paris, esta obra mereció los honores del escándalo; entre nosotros, el de las carcajadas.

Y sin seguir la numerosa lista de los que se inspiran en la historia contemporánea, en el mes de Marzo se ha representado un *Maximiliano* del actor y autor español D. Segismundo Cervi.

Los hechos contemporáneos no pueden ser traídos á la escena sino bajo una forma: la parodia ó la caricatura, y á ninguna se presta ese enorme suceso histórico, que encontró su sangrienta solución en el Cerro de las Campanas.

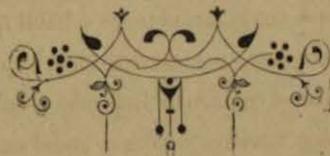
Solo el tiempo, y el tiempo contado en siglos, da á los héroes y á los personajes esa dureza de perfiles que se sobrepone al espectador, cualquiera que sea la forma torpe ó hábil que les dé el poeta.

Nosotros podemos hoy, por mera ficción, suponer las pasiones secretas que agitaban el corazón de Belisario ó del rey Tudela; pero ¿cómo hacer latir con nuestros dedos á aquel cuyos latidos apagaron para siempre el ruido de nuestros mosquetes, ó á quien llevaron á la muerte los bríos de nuestras propias pasiones? Para unos fué una víctima necesaria; para otros habrá sido un mártir, y ni á la víctima se la arrea con los oropeles de los alegres representantes, como llamaba Juan de Timoneda á los cómicos, ni á los mártires se les exhibe en el público tablado; otros traerán á la escena ese sangriento drama que nosotros hemos presenciado en su épica realidad; pero pasará mucho tiempo para eso, tanto que ya no quedará ni polvo del polvo de nuestros huesos.

*
*
*

Acaban de dar una silba descomunal en el Teatro Nacional, á *La Patria*, de Sardou, ó más bien, á quienes la representaron.

Ibamos á describir la silba, y á recordar algunas famosas en nuestro teatro; pero ¿para qué adelantarnos en materia de silbas? Forzosamente vamos á tener que hablar de ellas en seguida: *los toros están en las puertas de la capital*,





LOS TOROS EN MÉXICO.

CONTRA la opinion de aquellos que creen y siguen creyendo que la barbarie de un espectáculo tiene una perniciosa influencia en las costumbres, las corridas de toros fueron permitidas en el Distrito Federal, y como por encanto, se levantaron tres circos taurinos en competencia, cuando en la época en que se prohibieron las corridas, la única plaza que existia, apénas se ocupaba con escaso público.

La nueva generacion no conocia los toros, la prohibicion despertaba el apetito; solo así se explica uno ese *arranque*, como diria el poeta Terrazas, *taurófilo*. Pero para honra de este pueblo de la capital y de la civilizacion, las cosas volverán al estado que guardaban el año de gracia de 1883.

No voy á discutir aquí sobre la filosofia de los toros; el que quiera conocerla que compre la obra de Abenamar, ó que lea el informe de

Jovellanos, y si es capaz de resistir á las náuseas morales, que se dé una asonada por una plaza un dia de lleno completo, y aprenderá vocablos que nunca ha oido, verá cómo veja el populacho á la autoridad, cómo la vista de la sangre hace desgañitar á los papás en presencia de sus hijos, y regocija á los niños delante de sus padres. . . . en fin, verá todo eso que los hombres sensatos condenan, no por sensiblería, sino por pudor humano. . . . Pero me estoy saliendo fuera de mi propósito. ¡Para qué hablar mal de los toros con frases nuevas, si para atacarlos no habria más que copiar á los pensadores españoles! porque si en algun país se le pega duro al espectáculo, es en España. . . . mas no nos metamos en chismes de familia; pero como habrá quien lo dude, allá va un soneto de un poeta español bien conocido:

Á UNA TAURÓFILA.

En la plaza te ví, te ví en la grada
y te confieso que con honda pena,
te mantuviste allí más que serena,
implacable, feroz, trasfigurada.

Viva, centelleante tu mirada,
no se apartó de la sangrienta arena
ni en el momento aquel de la faena
en que espuesto á morir viste al espada.

¡Oh! ¡qué horrible te hallé de aquella suerte!
Aún pienso con espanto en la corrida
pues ya sé que la sangre te divierte.

¡Tú mujer? ¡Tú la madre prometida?
¡Si gozas con la lucha y con la muerte,
y una madre es amor, y paz y vida! . . .

EDUARDO BUSTILLO.

¡Habrá tambien entre los taurófilos quien crea que es *sensiblería* desear en la mujer la ternura y no la fiereza?

Pero, por último, no quiero seguir hablando mal del espectáculo, ni mucho ménos hacer su historia, porque á mí me interesa la historia en que se revela la ley del progreso en la humanidad, y maldito lo que tiene que ver la ley sociológica con los matadores de toros ó de reses, á quienes el buen rey D. Alonso el Sabio infamó en sus leyes de Partida, y varios pontífices romanos excomulgaron.

Tampoco haré una revista, porque, lo confieso, nada sé de *verónicas, topa-toro, quiebro* y demás *jerga*, con la cual los artistas (!) y los aficionados al toreo se han puesto fuera de la ley en los dominios de la lengua castellana.

No quiero más que apuntar hechos.

Hélos aquí: como decíamos, se levantaron tres plazas, la primera fué la de San Rafael, vino luego la del Paseo, y por último, la de Colon, de los Sres. Teresa y Cerdán. El entusiasmo de los primeros dias debe haber cubierto los gastos á los que fabricaron esas plazas.

De repente circuló una noticia que puso en conmocion al mundo de los cuernos. Mazzantini venia á la República, pero solamente contratado para Puebla.

Los angélicos vecinos habian humillado á los de la capital; el Ferrocarril Mexicano dijo: "esta es la mia," y puso trenes de recreo.

• Pero digamos ántes algo del diestro Mazzantini. Su reputacion es de ayer; ha venido muy tarde, respecto de Frascuelo y Lagartijo, y no fué sino despues de su viaje á Montevideo y Buenos Aires, que



tomó la alternativa en la plaza de Madrid, hará unos cuatro años. Está rico y es buen mozo, circunstancias que influyen mucho en la vida de cualquier mortal, cuanto más en la de un torero.

No hay para qué repetir aquí las consejas que corren sobre Luis Mazzantini: que era del cuerpo de telegrafistas, que su afición y su desmedido valor le hizo abrazar la profesión (llamémosla así) del toreo, que toca el piano, que sabe cuatro idiomas, etc., etc.

Una de las cosas por las que se ha dado á distinguir, es porque ha hecho á un lado el traje tradicional de sus compañeros, lo cual le ha proporcionado muchas críticas: es casi un iconoclasta del toreo . . . como si el traje significase algo. Además, por ese camino se puede ir aristocratizando el espectáculo y llegar un día en que los primeros espadas salgan á matar de choclos y frac muy ajustado; los espectadores, en vez de emborracharse con pulque, lo harán con vino de Parras, llevarán carabinas Miniér, en vez de cuchillos y Colts, y harán sus demostraciones en improvisados orfeones y las picardías se gritarán en francés . . . y el toreo habrá muerto, que no otra cosa desea el que esto escribe.

.....
Pero volvamos á los hechos.

Mazzantini tuvo un gran éxito en Puebla, salvo alguna que otra pedrada que sus picadores recibieron en la calle. Mas vino á México y aquí fué Troya. El público pagó una enormidad de precios, la reventa se hizo como en tiempo de la Patti, y los empresarios pusieron bueyes en vez de toros. La ira de los espectadores no reconoció límite; volaron las sillas, se intentó quemar la plaza, y la multitud que no había podido penetrar, dió en creer que la cuadrilla lo había hecho mal, y arremetió contra Mazzantini y sus toreros á la salida.

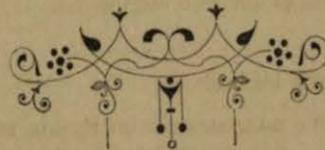
El desórden tomó una faz que demuestra la influencia del espec-

táculo sobre las costumbres: la faz de la patriotería; se prorumpieron mueras á España y los españoles y vivas á México.

¿Qué tiene que ver, se preguntan todas las personas sensatas, el patriotismo con los toros? Nada indudablemente, y se necesita ser un completo estúpido para fundar querellas de orgullo nacional y de amor patrio, á propósito de un toro ó de un matador, de una suerte ó de un salto al burladero.

Mazzantini salió aquella misma tarde, sin cambiar trage, por el *Central*, en medio de una grito enorme; pero con los bolsillos repletos y con ánimo de volver, como en efecto vuelve, á presentarse ante el fino, bien educado, escogido y timorato público de nuestras plazas de toros.

¡Con tal de que la patriotería no vuelva á meter la pata!





¡AHORA, PONCIANO!



MÉXICO FOR EVER. No debia faltar esta fórmula analabética del patriotismo entre nosotros.

España es el país clásico del torreo, pues México debia superarle; y los *inconscientes* declararon que México era el primer país del mundo, sobre España, porque teniamos un gran matador de toros. Digámoslo para no herir susceptibilidades, un *artista* en el *arte* de *manejar* la espada en medio de un redondel, á presencia de un público ducho en el *arte* de la agonía, y que maltrata *artísticamente* á un animal, con el objeto de divertir á las apiñonadas heroínas de barrio y al inteligente lépero de los tendidos de sol.

Ese espartano de nuevo cuño, se llama: Ponciano Diaz. Su nombre lo aclaman los redondeles taurinos de toda la República; los corrillos de aficionados le achacan anécdotas amorosas, el *repor-*

ter de un periódico católico de gran circulación, lo ha entrevistado.

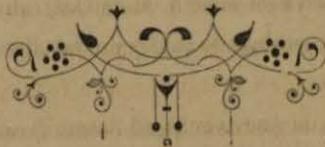
Ponciano Diaz ha hecho un 1810 en el arte del torero. Mazzantini es el virey Apodaca; el Sr. Dedos y Hermosilla son los brigadieres



Negrete, Echávarri y Lobato, y el plan de Iguala de esta evolucion patriotera, ya que no patriótica, vienen á ser las contratas con los dueños y empresarios de plazas de toros. . . .

Así se divierte una parte de la humanidad, así fijan algunos su ideal de patria en un jóven arrojado, buen mozo, con el corazón más grande que todo el redondel, y que supera á extraños cuando toca un clarin la

hora de peligro. Parece que estamos en la época de los romances moriscos, y sí estamos en ella. Hay entre nosotros una raza valiente, amante del peligro, inpresionable; á esta raza le hemos abierto la Universidad taurina y le hemos impedido hasta ahora el camino de la Escuela obligatoria. ¡Qué más puede esta raza desheredada, que acordarse de su instinto de patria y de valor, cuando compiten los hombres en frente de las fieras, y cuando el clarin toca á muerte, y el crepúsculo vespertino tiñe de rojo los horizontes y las lejanas cúspides de nuestra cordillera!



EL MERCADO DE FLORES Y EL DE LIBROS.



EN las postrimerías de Marzo comienza la primavera; allá en otras latitudes los primeros dias son desabridos; quien quiera formarse una idea, lea *l'Épître á Lamartine*, de Alfred de Musset, cuando habla de la *mi carême*, ó las páginas en que Alejandro Dumas pinta la agonía de su Dama de las camelias.

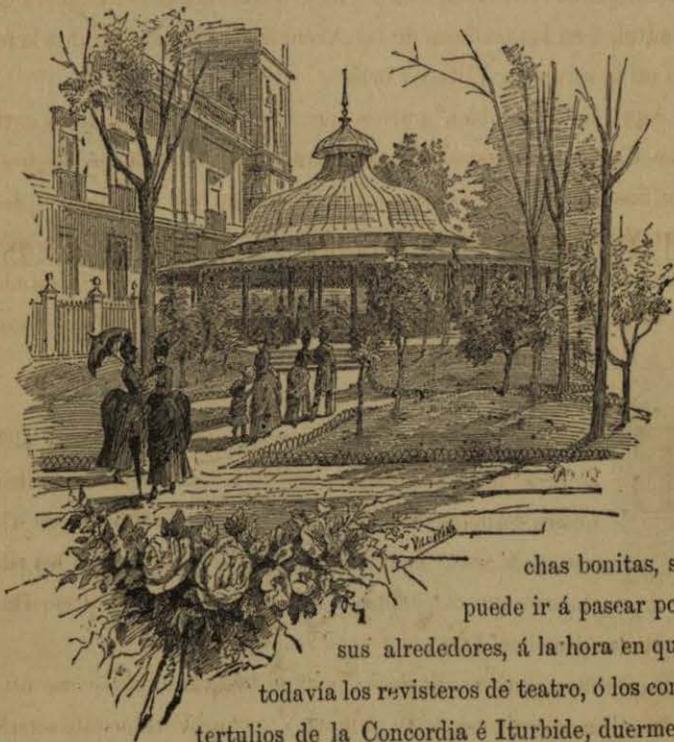
En nuestro clima es diferente, cuando todavía el parisiense atiza los últimos carbones de su chimenea, ó el neoyorkino está sepultado bajo la nieve, ya en nuestra Mesa Central se ostentan los botones y los árboles reverdecen. Alguno que otro ventisco que se le escapó á Febrero viene á azotar el nuevo follaje, pero el sol de los trópicos se ostenta majestuoso, por lo comun, cada mañana.

Ya podeis comenzar á ir al mercado de flores.

Antes ese mercado á la orilla de la calle de la Palma, tenia un

sabor más naturalista, y era en sí más pintoresco y más picaresco. Pero, á uno de nuestros modernos ayuntamientos se le ocurrió hacer un templete de cristales al lado de la Catedral, y las flores ya tienen casa en donde exhibir sus galas y exhalar sus perfumes.

La idea del mercado no fué mala; y si se quieren ver mucha-



chas bonitas, se puede ir á pasear por sus alrededores, á la hora en que todavía los revisteros de teatro, ó los tertulios de la Concordia é Iturbide, duermen el agitado sueño de los que llevan la *vida à outrance*.

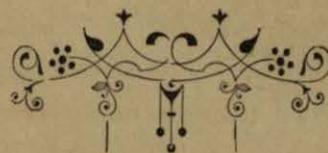
A los pobres libreros les quisieron hacer el mismo favor, y cá-tate, lector amigo, que el comercio de libros viejos se ha trasnochado.

La flor es bella en cualquier sitio, conquista por los ojos y embriaga por el olfato; pero esos pobres escapados de una biblioteca

tienen un mérito relativo, su valor consiste en su rareza y su prestigio en el trabajo de desenterrarlos.

Hojear un libro viejo al rayo del sol, *bouquinier*, como dicen los franceses, es un placer como el del cazador, es una caza del espíritu, cuyo placer envicia cuando se ha saboreado en los muelles de la ribera izquierda del Sena, ó en las húmedas covachas de Junquera en Madrid, ó en los tendajos de las Avenidas del Prado, durante la feria en la coronada Villa y Corte.

Aquí, habia tambien muchos que tenían ese placer en las antiguas *Cadenas* que rodeaban la Catedral; pero hoy se puede asegurar una cosa, que los aficionados á esas buscas se han refugiado en los portales de Agustinos, de la Fruta y el Aguila de Oro, y ni uno solo va al malhadado estantero del Seminario, que parece inspirado en su forma, en los puestos de rebocería de la calle de Flamencos.





VIÉRNES DE DOLORES.



EL 1º de Abril ha sido este año VIÉRNES DE DOLORES.

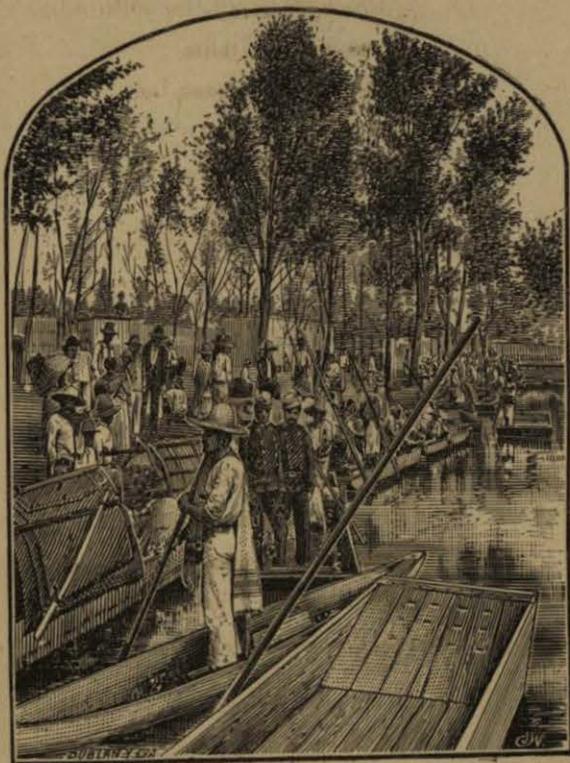
Yo tambien, en un tiempo, aspiré el perfume de las flores al rayar el alba y á orillas del éanal, y luego suspiré en extranjera tierra por aquella fiesta tan poética: hé aquí lo que puse en las hojas del Album de una linda mexicana que residia en Madrid en el año de gracia de 1882:

“Voy á referirte cómo
allí en mi tierra lejana,
que entre perfumes y rosas
todos mis recuerdos guarda,
celebran aqueste día
á la luz de la mañana,
entre músicas, bullicio,

regocijo y algazara,
con ramilletes de flores,
bajo frescas enramadas,
del *canal* á las orillas
y al borde de las *chinampas*.

“De diáfano azul el cielo,
indecisas las montañas
que circundan gigantescas
la antigua region de Anáhuac;
de los altivos volcanes
muy mate la frente blanca,
y por el sol de los trópicos
la tierra toda abrasada;
son de la fiesta que anuncia
las primaverales galas,
en el *Viérnes de Dolores*
espléndido panorama.

“Apénas tiñen el cielo
los resplandores del alba,
sobre el *canal* á millares
aparecen recargadas
de flores, de ramilletes,
cubriendo las limpias aguas,
chocando los tardos remos,
abordando las *chinampas*,
las canoas de Santa Anita,
donde al són de las *jaranas*
olvidando toda pena,
unos bailan y otros cantan.



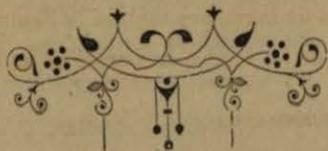
“Y es de ver cómo allí acuden
los donceles y las damas,
el populacho travieso,
la doncella enamorada,
los atrevidos galanes,
y hasta las dueñas taimadas;
y es de oír cómo se cruzan
los requiebros, las palabras,
y los cantos y las risas,
los suspiros y las guasas.

“Quién compra flores, quién echa
al soslayo una mirada,
quién requiebra alguna Lola
con voz muy quedita y baja;
y el alegre vocerío
acalla las tibias auras,
y la muchedumbre loca
con las flores se engalana,

“Al volver luego las niñas
con ramilletes á casa,
en el altar los colocan
de la Virgen. Allí ufanas
besan á sus madres luego
y ríen, gozan y bailan.

“Como prenda de ternura,
en recuerdo de la patria,
besa á tus padres y diles,
con tu fé sencilla y casta,
lo que la inocencia sabe
y lo que inventan las almas.

Antes me alborotaba con esta fiesta, y hoy . . . hoy duermo hasta las diez el Viérnes de Dolores, como cualquier día, y si quiero ver flores, me voy perezosamente al Mercado del costado Oeste de la Catedral.



2 DE ABRIL.



HOY es un día de gloria.

Hace veinte años el imperio traído por las bayonetas francesas, acogido por los eternos enemigos de las libertades públicas, aún luchaba potente, y la reacción se erguía para vengar su sangrienta rota de Calpulalpam.

El país entero estaba en conmoción, los campos no tenían más surcos que los que había abierto la artillería; las ciudades parecían desiertas, yermos los campos y triste el cielo.

La patria presentaba en toda su horripidez este desolador cuadro de un ilustre poeta mexicano:¹

“Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
baluartes los peñascos de la montaña son,
cadáveres de hermanos tapizan la llanura,
y en vez de los arados arrástrase el cañon.

¹ Ignacio M. Altamirano.

“En los maizales tiernos las cañas se doblagan,
que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
las linfas abrasadas del rio ya no riegan
sino collados mústios y estéril bejucal.”

Entre el estruendo de aquella lucha á muerte, se oyó de repente un nombre que vibraba en las comarcas del Sur, era este nombre: PORFIRIO DIAZ.

El valiente hijo de Oaxaca, el aguerrido militar que habia ganado sus grados con la punta de la espada, combatiendo la reaccion clerical y la invasion extranjera, se habia escapado de las mazmorras imperiales de Puebla, y acogiéndose á la tierra que Morelos inmortalizó con sus épicas hazañas, fué á improvisar, como este héroe sin igual, recursos, armas, hombres, para volar al socorro de la patria.

La carrera de Porfirio Diaz fué una carrera de triunfos, la victoria guiaba sus pasos. Oaxaca se le rindió, en Miahuatlan y la Carbonera destruyó las huestes austriacas y se presentó frente á los muros de la artillada Puebla, que era uno de los más poderosos baluartes del imperio.

Porfirio Diaz habia armado á sus soldados con los fusiles quitados al enemigo en el campo de batalla, y tenia ménos elementos que la plaza que venia á sitiar. Nada le arredró. La fortuna le sonreia.

Un dia supo que el terrible Márquez, el sangriento y nunca por los liberales bastante odiado Márquez, habia logrado salir de Querétaro y se hacia de recursos en la capital.

¿A dónde iria Márquez? ¿volveria á Querétaro?... No; ántes de volver en auxilio de Querétaro, se dirigia á Puebla, creyendo sin duda, fácil desbaratar á los sitiadores.

El Gral. Diaz lo supo al medio dia del 1º de Abril, á nadie confió

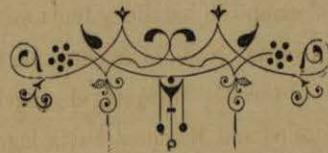
sus planes, y dispuso sus tropas en trece columnas diferentes. Los sitiados creian que el campeón de la República se retiraba.

A las doce de la noche se comunicó la orden de que al brillar una luminaria en el Cerro de San Juan, esas columnas debian entrar á sangre y fuego á la plaza.

Así sucedió; poco ántes de amanecer, el cielo y los muros de la ciudad se iluminaron con una luz rojiza, las descargas atronaron el aire, y al despuntar el sol en el horizonte, el pendon de la República ondeaba sobre Puebla, en cuyas calles quedaban regados más de dos mil cadáveres.

Nunca hubo un hecho de armas más friamente calculado, ni victoria más valerosamente disputada. Su trascendencia fué tal, que desde ese dia quedó resuelta la suerte del segundo imperio mexicana.

Desde entónces, todos los que acompañaron al caudillo del Ejército de Oriente, van en este dia á estrechar su mano, á ellos se unen admiradores sinceros y de ocasion; pero él sabe distinguir, sin duda, en dónde empieza la verdadera admiracion por un gran hecho y por el héroe que lo realizó.





11 DE ABRIL.



UN haciendo á un lado las consideraciones de la política, es éste un aniversario luctuoso, y del que la humanidad tiene que avergonzarse.

La patria ha llorado y llorará siempre el baldon que imprimió en su historia una bandería ébria con el triunfo, y los recuerdos de la noche del 10 al 11 de Abril de 1859, quedarán como lección terrible de los extravíos á que conducen las luchas civiles.

El ejército constitucionalista se habia acercado á la capital de la República, ocupada por los clericales; era un ejército bizoño, mal armado, pero al que animaban el entusiasmo de la juventud, las ilusiones del porvenir, secreto imán de las nuevas ideas. Su grito era: Dios y Libertad; su lábaro, la Reforma.

Al aproximarse, muchos jóvenes abandonaron los colegios, unos para engrosar sus filas, otros para servir los hospitales de sangre.

Aquel ejército fué derrotado una vez más en las lomas de Tacubaya. Poco importaba; su general en jefe era D. Santos Degollado, que despues de cada desastre se volvía á presentar en la lucha con nuevas tropas improvisadas con una constancia sin igual. Pero el epílogo de aquella jornada fué horrible. El que fungía de general en jefe dió orden de fusilar á los prisioneros, como era la bárbara costumbre en aquella tremenda lucha que duró tres años, durante los cuales la Nación se desangró á torrentes, y el general vencedor esperó las sombras de la noche para ejecutar aquella orden . . . ¿pero cómo la ejecutó? junto con los oficiales liberales, fueron arrastrados al patíbulo los colegiales salidos de México, los médicos y los heridos, y hasta paisanos pacíficos traídos de sitios distantes del combate.

Al día siguiente, miéntras el vencedor penetraba en la majestuosa Catedral de México, entre el ruido de las salvas y los acordes del órgano, en tanto que en las bóvedas del templo cristiano resonaban los majestuosos acentos del *Te Deum*, los cadáveres de aquellos niños de 19 á 20 años, yacían hacinados en el átrio de San Diego de Tacubaya, y sus cerebros deshechos y su sangre juvenil, aún humeaban sobre la fresca y tupida yerba de los campos.

Unos pobres estudiantes, con el corazón compungido, emprendían á pié el camino de Tacubaya, y lograban penetrar por entre las bayonetas para ver si podían rescatar aquellos cadáveres. Entre aquellos audaces estaban, Ignacio Altamirano, Julian Montiel y Manuel Flores, que nada pudieron hacer, sino cargar en parihuelas los cadáveres, entre filas de soldados, para ir á enterrarlos al cementerio de San Pedro, en donde más tarde se levantó una pirámide con esta sola inscripción: "*Aceldama.*"

¡Ay, y aquellas víctimas arrancadas á la vida en el pleno imperio de las ilusiones y de las esperanzas, no eran unos cualquiera!

Entre ellos estaba JUAN DIAZ COVARRUBIAS, el poeta mártir, como se le llama en la historia de nuestra literatura.

Poeta y soñador, novelista de exacta observacion, iba á concluir sus estudios en la Escuela de Medicina; para llevarlo al matadero se le arrancó de la cabecera de un herido con el *bisturí* en la mano.

MATEOS, todo entusiasmo, murió apostrofando á sus verdugos; PORTUGAL reclamando dar un último adiós á los suyos, y todos como en medio de una pesadilla, protestando contra aquella fuerza bruta que desgarraba las leyes de la naturaleza en los albores de sus vidas.

Un año despues, cuando las señoras de México quisieron, en tan triste aniversario, ir á regar con llanto aquellas tumbas abandonadas á los lobos de Ajusco, los verdugos mandaron un esbirro que las disolviese á caballos . . .

Más tarde se ha conmemorado tan sangriento aniversario, y por aquellos sucesos, Tacubaya lleva hoy el nombre de "Ciudad de los Mártires."

